

de otras empresas semejantes. La peligrosa situación nacional creada por los sucesos de Chiapas enardecía el ánimo de los obispos. Había que tomar posición ante el problema y entonces brotaron las querellas internas. Algunos acusaron a Ruiz ante el Vaticano y, con seguridad, Ruiz acusó ante la misma Santa Sede a sus acusadores.

La reconvencción papal

Primero fue Ruiz a Roma a contar su historia. Después fueron llamados quince obispos a dar su propia versión sobre la situación social y política de México y sobre los hechos de Chiapas. Nadie sabe lo que Ruiz y los obispos dijeron al Papa. Se supone que ni siquiera los obispos saben lo que Ruiz le informó al Papa ni Ruiz lo que los obispos le contaron al jefe de la Iglesia. Lo que se sabe, es que el Papa les leyó a todos una especie de homilía, a título de reconvencción, en la que les recordaba los deberes de la iglesia y también las abstenciones que debe imponerse la jerarquía:

...vienen a mi mente los tristes hechos que han sembrado dolor y luto en tantos hogares mexicanos. Los momentos por los que atraviesa México son ciertamente difíciles. Como habéis puesto de relieve... os preocupa profundamente la violencia, la incertidumbre, la desconfianza y el empobrecimiento creciente.

Dijo el Papa. Y, en seguida:

Aunque es legítimo y a veces necesario que los obispos iluminen todos los ámbitos de la vida del hombre y de la sociedad, no se puede olvidar, como enseña el Concilio Vaticano II, que la misión confiada por Cristo a la Iglesia no es de orden político, económico o social, sino religiosa y moral.

Este delicado, sutil y a la vez punzante recuerdo a los obispos de los deberes y abstenciones de la iglesia constituyó el más fuerte, decidido y enérgico respaldo a la actuación del obispo Ruiz y la reprimenda igualmente fuerte a quienes ocupan su tiempo en chismes y cuestiones menores ajenas a las funciones de la iglesia.

Perro que da en comer huevos...

La reunión del Papa con los obispos fue estrictamente privada y las palabras que ahí se pronunciaron debieron quedar en reserva de acuerdo con el carácter de esa reunión. A su regreso de Roma el obispo Ruiz se incorporó a sus labores de mediador en el conflicto de Chiapas mientras que los otros obispos regresaron a su habitualidad, a la práctica de una rutina nutrida de expresiones altisonantes sobre la democracia, con minúscula, los partidos políticos y la actuación del gobierno. Y, para colmo de esta mediocre conducta eclesial, los obispos rebajaron su misión de *iluminar todos los ámbitos del hombre y de la sociedad* al despreciable papel de partiquinios de los partidos políticos mexicanos al convocarlos a un nuevo debate entre ellos, en el que los obispos fungirían como moderadores. ¡De poseedores de la verdad, a mediadores de otras verdades inferiores! Ciertamente, este era un claro repudio de las recomendaciones del Papa acerca de la no injerencia de la Iglesia en cuestiones de orden político. Pero, además, esta convocatoria era llevar la actuación de la iglesia al extremo del ridículo. Por fortuna, alguien tuvo la agraciada idea de publicar en un diario de esta ciudad de Monterrey el texto completo del mensaje leído por el Papa a los obispos, en Roma. Y, al darse a conocer públicamente este documento, las cosas cambiaron. Los obispos convocantes hicieron mutis y se hundieron en el silencio. Sin embargo, su condición de infieles a la doctrina del Papa quedó al desnudo, definitivamente.

¿A qué intereses, nacionales o extranjeros, sirven estos obispos?

Lunes 11 de julio de 1994.

El enredo Colosio

Al principio de la semana pasada apareció la noticia que estremeció a todos los que en México leen periódicos. Renunció a sus funciones el subprocurador de Justicia designado para atender única y exclusivamente el caso del asesinato de Luis Donald Colosio.

El presidente Salinas había conferido tan delicada misión a este señor Miguel Montes para hacer pública su voluntad de que el crimen mencionado fuese debidamente aclarado. Montes, en su renuncia, asegura que trabajó intensamente en el examen de las evidencias que contiene el expediente relativo y no encontró más responsables de la muerte de Colosio que la persona que cometió físicamente el asesinato, la que se encuentra actualmente recluida en una cárcel del Estado de México. Afirma Montes que presentó sus conclusiones como consecuencia de su investigación y dio el caso por cerrado. Sin embargo, tan pronto como Montes dio a conocer esas conclusiones se desató una ola de enérgicas protestas que abarcó tanto a senadores y diputados como a miembros prominentes de la iniciativa privada y a otros grupos importantes de la sociedad civil. Las protestas alcanzaron un tono fuerte y Montes no tuvo otra salida que la de renunciar a su comisión, toda vez que por razones formales, no podría rectificar su determinación legal. Pero, a pesar de las protestas y renuncia, las conclusiones de Montes, ya están dictadas y debe, por

tanto, atribuirseles valor legal definitivo. El caso Colosio queda legalmente cerrado. Es sorprendente, entonces, que al día siguiente de la renuncia de Montes, el Presidente Salinas haya declarado que el asunto Colosio quedara abierto a la investigación. Lo sorprendente es que, de acuerdo con la ley, el subprocurador Montes actuaba en el caso Colosio con la representación presidencial.

Colosio-Kennedy

La investigación judicial del asesinato de Colosio está presentando las mismas características que la que realizó el gobierno norteamericano sobre el asesinato del Presidente Kennedy. En Estados Unidos, la autoridad judicial declaró único culpable del asesinato de Kennedy a Lee Oswald, joven a quien ni siquiera le demostraron haber disparado una arma contra el presidente norteamericano. Y, claro está, no hubo necesidad de prueba alguna ya que en los primeros días de la investigación Oswald fue asesinado de manera alevosa y sin duda con la complicidad de la misma autoridad. Caso cerrado, declaró la autoridad. Pero la protesta unánime del pueblo de los Estados Unidos por el modo truculento como se dio fin a la investigación, forzó al gobierno a designar una comisión especial que se encargó de dilucidar el caso. Esa fue la comisión Warren durante algunos meses trabajó esta comisión supuestamente imparcial y al final, declaró igualmente que Oswald había sido el único culpable. Nadie lo creyó. No obstante nuevos acontecimientos atrajeron la atención de la población norteamericana, entre ellos, el recrudecimiento de la guerra de Vietnam con todos sus horrores.

Y pasaron veinte años. Ahora mismo se ha puesto en claro que los disparos que mataron a Kennedy partieron de otras manos y no de las de Oswald. Pero el interés por aquel asunto ha perdido sensibilidad. El caso Ken-

nedey es solo un caso histórico. El pueblo norteamericano es otro, generalmente distinto, y ha perdido interés en lo que le ocurrió a Kennedy. Aquí en México, el Presidente Salinas ha nombrado a su comisión Warren... perdón, a una comisión especial para que continúe se supone que extralegalmente, la investigación en lo que concierne a la muerte de Colosio.

Jaqueline y Ana Laura

Se trata, como es lógico pensar, de lanzar la pelota lo más lejos posible mientras, a semejanza con el asesinato de Kennedy, nuevos acontecimientos ocupan el primer plano de la atención pública y el caso Colosio pasa a la historia. Pero en ese intermedio, habrá siempre quien reclame por su propio personal derecho, aunque a su propio riesgo, que las cosas se pongan en claro. Jaqueline fue una de esas personas en el caso Kennedy y Ana Laura en el caso Colosio. Y es permitido pensar que su obvia relación con los dos personajes asesinados les dio la oportunidad de saber cuáles eran las preocupaciones y temores de sus maridos. Y, claro, de sacar sus propias conclusiones según su personal apreciación del ambiente en que se realizaron los crímenes.

Después del asesinato de Kennedy, Jaqueline anduvo un tiempo como aterrorizada, llena de miedo ante sus propias conclusiones. Entonces buscó refugio en los brazos de Onasis, porque ella sabía que Onasis era la garantía de que nadie la tocara, para callarla. Ana Laura ha seguido un camino más inteligente. Primero declaró que no veía posibilidad de que el asesinato de su esposo se aclarara en breve tiempo. Y, después de esta aclaración sibilina puesto que llevaba implícitas sus propias conclusiones, Ana Laura fue a Roma a dar cuenta al Papa de sus propios pensamientos. Ella sabe que ahora el Papa sabe lo mismo que ella sabe, y en este saber del Papa ha confiado su seguridad.

Todo indica que los asesinos de Colosio son los mismos que asesinaron a Kennedy. La situación de México es delicada, dijo el Papa a los obispos mexicanos que lo visitaron. Se aproximan ya los nuevos acontecimientos.

Lunes 18 de julio de 1994.

La semana pasada

Un disparo indiscreto

La carga emocional que se ha extendido a lo largo del país por el acercamiento inexorable del día de las elecciones reventó la semana pasada en los círculos que, por su naturaleza y función social, deberían de mantenerse discretamente al margen de las peripecias electorales.

El viernes anterior el señor Roberto Hernández, Presidente de la Asociación Mexicana de Bancos, declaró con toda franqueza que sólo el triunfo del candidato Ernesto Zedillo garantizaría la estabilidad económica del país y permitiría "la baja de los intereses bancarios". Este argumento del señor Hernández, considerado en sus dos posiciones, hizo estremecer al ya de por sí inquieto mundo de la iniciativa privada cuyas asociaciones empresariales, el último día, entregaron a los medios de difusión diversas declaraciones en las que protestaban ser ajenas al pronunciamiento de Hernández. Se afirmó en estas declaraciones que el presidente de la Asociación de Bancos hablaba por su propia cuenta, a título personal y que no podía admitirse que sus palabras expresaran el pensamiento de la comunidad de banqueros industriales y comerciantes. Causaron extrañeza, ciertamente, las declaraciones de Hernández.

En lo que toca a la generalidad de la gente, se pensó que había algo raro en el hecho de que un banquero fuese partidario de un candidato presidencial por la sola expectativa de que éste, al obtener el triunfo, bajara la tasa de los intereses bancarios que por ahora ahogan toda posibilidad de desarrollo sano del país. Porque si la función de los banqueros es la de obtener elevados intereses, o beneficios, de su labor, no se entiende cómo uno de ellos pueda promover y sentirse feliz con la baja de esos intereses. Lo absurdo de la declaración de Hernández estaba a la vista. Se trataba, pues, de un simple ma-druguete político.

La pudibunda IP

Por otro lado, la gente pensó que las instituciones de la IP que protestaron su inocencia ante las declaraciones de Hernández, lo hicieron para cubrir sus propios compromisos con Zedillo, ya que nadie ignora que los más altos dirigentes de esas instituciones tienen intereses estrechamente vinculados al gobierno y a sus hombres, como Zedillo. En repetidas ocasiones se han publicado declaraciones que revelan claramente este tipo de conexiones. Basta recordar el lagrimeo de la IP por la muerte de Colosio para darse cuenta de que en aquel momento se sintió desamparada, al garete en la tormenta electoral.

Con Zedillo volvió a restablecerse el lazo de unión ante el mundo de los negocios y el futuro gobierno nacional. La postura política de la IP es una postura lógica y ya decidida. No admite de ningún modo a Cuauhtémoc Cárdenas; pero tampoco a Fernández de Ceballos. En cuanto al primero por razones obvias y, en lo que se refiere al segundo, ni le merece confianza ni quiere jugar a la aventura del cambio radical. De ahí que las declaraciones de Hernández le hayan parecido a la IP como un atrevido apresuramiento en revelar su verdadera y real posición precisamente cuando el debate electoral entra

en su más álgido período. Tomada ya la decisión, debe aparentarse total independencia respecto de los partidos políticos y sus candidatos y pregonar el ejercicio de la democracia como solución del problema electoral.

Carpizo, presidente

Efectivamente, arde el fuego de la campaña electoral. Los partidos políticos han apurado el paso hacia el día de las elecciones y asimismo sus candidatos. Miles de ciudadanos empiezan a involucrarse activamente en el proceso electoral. Se repiten las reuniones de masa, especialmente las convocadas por Cárdenas y Zedillo. Se espera una votación copiosa el veintiuno de agosto. Sin embargo, crece el riesgo de que mientras mayor sea la votación total mayor será el peligro de que quede tan repartida que ninguno de los candidatos alcance el cincuenta y uno por ciento de la votación total. Se plantearía, en ese caso, un conflicto entre leyes, entre los artículos treinta y nueve, cuarenta y uno de la Constitución General de la República y el artículo dieciocho del Código Federal Electoral.

La nueva Cámara de Diputados tendría que resolver el problema tomando en cuenta el principio general de Derecho en el sentido de que en los casos de conflicto entre leyes prevalecerá la de jerarquía superior, en este caso la Constitución.

La consecuencia será la anulación de la elección y la designación de un presidente interino. Y se puede anticipar que, si llega el caso, Carpizo será ese presidente. De ahí la prudencia de la IP.

Lunes 25 de julio de 1994.

La semana pasada

Más lumbre a la hoguera...

Dos hechos escandalosos vinieron a sumarse, la semana pasada, a la ya nutrida lista de acontecimientos que se han sucedido en México sin que hasta la fecha se les haya encontrado explicación razonable y válida. Uno es el trailerazo que sufrió el candidato del PRD al gobierno de Chiapas y, el otro, la misteriosa entrevista que sostuvieron los hermanos Arellano Félix con el cardenal Girolano Prigione.

En lo que toca al primero de estos hechos todo se ha resuelto en conjeturas y suposiciones después de que la autoridad chiapaneca declaró que el encontronazo en que murieron dos personas y casi cuesta la vida al candidato del PRD a gobernador fue un simple accidente camionero y que, por añadidura, ese accidente fue provocado por los mismos que resultaron muertos y lesionados. Este asunto ha quedado en punto y coma a partir de semejante declaración, precisamente por el carácter simplista y claramente apaciguador que la distingue. Pero no hay duda de que se trata de un motivo más del nerviosismo público y de la intranquilidad que prevalecen en el país.

¡Prigione, al paredón!

El asunto Prigione se presenta en un plano distinto. Porque es claro que el encuentro del alto jefe de la jerarquía eclesiástica de México con los hermanos Arellano Félix no tuvo nada de accidental. El encuentro fue meditado y preparado con antelación y Prigione sabía de antemano los asuntos que iban a tratarle los Arellano, descartada la confesión. Y es igualmente lógico suponer que esos asuntos no podían ser otros que el re-

lativo al asesinato de Posadas y ¿por qué no? el relativo a la muerte de Colosio. Debe admitirse que si hay gente bien enterada de la verdad de los hechos en ambos asesinatos es la que de un modo o de otro, desde dentro o desde fuera, está involucrada o relacionada con ellos o con los propósitos criminales que los originaron. Y los Arellano han sido mencionados como gente muy cercana a esos hechos delictuosos. Por eso es lógico suponer que esos fueron los temas del encuentro mencionado. Es tan lógica esta suposición que todos los partidos políticos, los senadores y los diputados, los dirigentes de la Concanaco y los intelectuales de medio pelo han puesto el grito en el cielo exigiendo que Prigione comparta con ellos la información que recibió de los Arellano. Y ante la negativa de Prigione, que sabe que tiene en su poder un verdadero tesoro político, o acaso una bomba igualmente política, esa exigencia se ha tornado violenta sin tomar en cuenta que, según información de la prensa, Prigione ha mantenido informado al Presidente Salinas primero de la preparación del encuentro con los Arellano y después de lo que estos señores le informaron. No se sabe si lo que interesa verdaderamente a quienes piden a Prigione que haga públicas sus conversaciones con los hermanos Arellano es poner en claro la verdad de los asesinatos de Posadas y de Colosio o poner al mismo Prigione en la incómoda situación de un entrometido en asuntos que competen a la autoridad penal de la nación.

Algunos han pedido que se cite a declarar ante esa autoridad a Prigione mientras que otros, más expeditivos, han solicitado que se le aplique el artículo treinta y tres de la Constitución, es decir, que se le expulse del país.

El teatro bien montado

Basta tener unos pocos sesos en la cabeza para darse cuenta de que lo que buscaban los Arellano era hacer llegar al Presidente, por conducto de Prigione, un infor-

me verdadero sobre el asesinato de Posadas y tal vez del de Colosio. Los Arellano eran buscados por la autoridad mexicana como los hombres que dirigieron el asesinato de Posadas. Y ante la posibilidad de ser detenidos en cualquier momento y hasta sacrificados por encontrarse prácticamente fuera de la ley, optaron por revelar a Prigione la verdad de los hechos que se les imputaban. Y en esa verdad estaba la verdadera identidad de los asesinos. Y de aquí se deduce que los Arellano no fueron los autores de los delitos. Ni tampoco gente menor del PRI o del Gobierno. Pero sí alguien, o álguienes, tan poderoso, que inspiran miedo a los mismos Arellano y al propio Prigione. Tal vez el caso Posadas, y el de Colosio, se conviertan en secretos de Estado, como ocurrió con el caso Kennedy. Esto no lo entiende la jauría que ladra contra Prigione. Alguna mano negra, la de los asesinos verdaderos, ha montado este teatro contra el representante del Papa. Como se dice en el mundo de los gangsters "sabe demasiado" y debe eliminarse. Por lo menos, acabar con su autoridad moral y convertirlo en enemigo público. Su versión de los hechos aparecerá entonces como interesada y, por tanto, increíble, y los asesinos verdaderos seguirán en la obscuridad.

Lunes 1º de agosto de 1994.

La semana pasada

Aguascalientes 1914

En un par de meses más se cumplirán ochenta años desde el día en que fue instalada la Convención que, después de iniciadas sus labores, tomó el nombre de Soberana Convención de Aguascalientes. A esa asamblea

acudieron los representantes de los jefes militares que habían combatido contra el gobierno usurpador de Victoriano Huerta y que, ya triunfantes, deseaban darle un cauce unitario al movimiento armado en el que habían tomado parte. Asistieron representantes de las fuerzas militares de Francisco Villa, de Emiliano Zapata y de las de Venustiano Carranza, las de este último en la persona del general Alvaro Obregón. Se buscaba unificar el mando de esas tres poderosas corporaciones militares y, a la vez, darle a la Revolución un programa común que expresara los propósitos políticos y las aspiraciones sociales de todos los revolucionarios. Esto era necesario, ya que en el curso de la lucha contra Huerta habían surgido diferencias peligrosas en el modo de pensar y de actuar de las distintas facciones en armas. Los zapatistas habían expedido el Plan de Ayala como su propio programa revolucionario y, de su parte, Villa y su gente habían emitido diversas declaraciones sobre los problemas sociales de México, todo a título particular; Carranza, cauteloso, mantenía discreta abstención sobre esa clase de cuestiones. Además, la necesidad de la Convención se volvió impostergable cuando la discordia entre Villa y Carranza adquirió visos de franco rompimiento.

Chiapascalientes

En Aguascalientes, los zapatistas impusieron fácilmente su tendencia ideológica a la Convención. Eran los únicos que poseían ideas acerca de cómo resolver el problema agrario del país, que era el problema en que la absoluta mayoría de los convencionistas estaba interesada. El Plan de Ayala que sirvió a los zapatistas de bandera reivindicadora en su lucha contra Huerta fue admitido por la Convención como una de las vías para solucionar el problema de la tierra. Los villistas fueron quienes más entusiastamente acogieron ese Plan. Sin embargo, mientras los convencionistas discutían acaloradamente sobre toda clase de asuntos de interés social,